

*EL ABATE DELAPORTE Y LAS FIESTAS DE TOROS:  
UNA MIRADA COMPRENSIVA EN UN AMBIENTE HOSTIL*

Jean-Christophe García-Baquero Lavezzi

Licenciado en Derecho



**E**l siglo XVIII vio proliferar en Europa un género literario que conocemos como libros de viajes. Va de suyo que el viaje no fue un descubrimiento del «siglo de las luces» pero fue entonces cuando sus relatos se convirtieron en un género propio: la literatura de viajes. Pese a que la Península Ibérica quedó excluida, durante buena parte del siglo, de lo que los ingleses llamaban «the grand tour», fueron, no obstante, numerosos los viajeros que la visitaron, según ponen de manifiesto los repertorios bibliográficos de A. Farinelli o de R. Foulché-Delbosc<sup>1</sup>. En principio y en los países que visitaban, nada parecía escapar al interés de estos «curiosos impertinentes», como les llamó I. Robertson: desde la geografía y el paisaje al carácter y costumbres de sus habitantes, pasando por las instituciones políticas, la religión, el arte y la cultura, la indumentaria y hábitos alimenticios, las fiestas y diversiones, etc. Y ello era así, porque, como señala G. Gómez de la Serna, «para lo que

<sup>1</sup> Farinelli, 1921-Roma, 1942; Foulché-Delbosc, Reimp. facsimilar de la primera edición, 1991; además, pueden consultarse: Aguilar Piñal, 1978: IV-V, 203-208; García Mercadal, 1962: III; Guerrero, 1990; Gómez de la Serna, 1974; Robertson, 1976 y Soriano Pérez-Villamil, 1980.

viaja el hombre del siglo XVIII es para conocer al *hombre...* ese viaje está lleno de sentido utilitario; se viaja para ilustrarse; mas para emplear esa ilustración en el mejor régimen de la vida pública y privada» (Gómez de la Serna, 1974: 12). El deseo de información y el sentido utilitario de la Ilustración están, pues, presentes en estos viajes, para los que se dan incluso normas precisas al presunto viajero: observar atentamente la realidad; reflexionar sobre ella; eliminar todo prejuicio provocado por su cultura originaria y atender a lo verdaderamente útil, huyendo de lo anecdótico (Gómez de la Serna, 1974: 13).

Bien es verdad que este «credo» tan racionalista no siempre fue fielmente interpretado por muchos de los viajeros que visitaron la Península en el siglo XVIII; de ahí la acusación de subjetividad y de superficialidad que ha pesado y pesa sobre la mayoría de sus relatos. En efecto, se les acusa de quedarse con frecuencia en visiones epidérmicas, referidas, las más de las veces, a cuestiones anecdóticas o marginales; también de que sus juicios suelen ser, por lo general, bastantes subjetivos, ya que sus prejuicios ideológicos en lo político-social o en lo religioso les impidieron una comprensión objetiva de la realidad, así como de que sus fuentes de información no fueron, a menudo, las más adecuadas. Sin embargo, tampoco fue siempre así y algunos de estos relatos constituyen, hoy por hoy, una interesantísima fuente de información histórica. Concretamente y para C. Martínez Shaw, el hecho de que estos relatos fijen su atención en cuestiones consideradas tradicionalmente como «marginales, anecdóticas o tópicas», ha motivado, justamente, su revalorización, en la medida en que «esas cosas que pasaban por anecdóticas forman hoy parte de ese

territorio del historiador en abierta expansión: la alimentación, la familia, la fiesta, la marginalidad, la cultura material, la cultura popular...» (1982: 48).

Centrándonos en el tema de las fiestas y, de forma muy particular, en las de toros, A. Lafront hace ya años que llamó la atención sobre la importancia que para la reconstrucción de su historia, sobre todo en un periodo tan complejo y confuso como es el siglo XVIII, podía tener el recurso a una «fuente preciosa» y de la que hasta entonces los historiadores de la tauromaquia apenas se habían servido: los libros de viajes. Concretamente y en su opinión, «los relatos de viajes en España redactados por extranjeros pueden, desde el punto de vista histórico, representar por su valor de documento, una fuente de información y de puesta a punto tan instructiva como atrayente» (Lafront, 1988: 38). Y abundando sobre este mismo particular, D. Ruiz Morales, en el prólogo al libro de A. Lafront que acabamos de citar, insiste, a su vez, en el error que ha supuesto menospreciar esta «fuente de información de primera mano», de la que destaca, como principales virtudes, su «espontaneidad» y su «insospechada objetividad», producto del carácter de «espectador neófito» que tiene precisamente el viajero. En efecto y en sus propias palabras, «el viajero puro, auténtico, el turista de los siglos pasados... iba anotando con minuciosidad en su diario todo lo que se ofrecía a su curiosidad. En su condición de neófito, no deja nada en el tintero y registra el menor detalle, esos detalles ausentes en los relatos españoles que los callan por considerarlos conocidos de todos» (Ruiz Morales, 1988: 9-10). Por consiguiente, ese desconocimiento del viajero sobre el mundo de los toros es lo que le hace ser objetivo y espontáneo, sin que esa fidelidad a

lo experimentado sea óbice para que, a veces, como advierte el propio Ruiz Morales, incluyan valoraciones en torno a la fiesta, que van de la admiración a la condena y que también merecen ser tomadas en consideración.

Pues bien y tomando como punto de partida estas apreciaciones iniciales acerca de la literatura de viajes como fuente para la historia de la tauromaquia, lo que me propongo a continuación es dar a conocer uno de esos textos en los que un viajero del siglo XVIII nos relata y comenta una fiesta de toros. Se trata concretamente de la relación de una corrida de toros celebrada en Lisboa en 1754 y que el abate Delaporte incluyó en el tomo XV dedicado a Portugal de su monumental obra *El viajero universal*. La obra, compuesta por 42 tomos, está escrita en forma epistolar y se publicó en París entre 1765 y 1795. No es mucho lo que se sabe acerca del autor, salvo que nació en Belfort en 1713, que ingresó joven en la Compañía de Jesús de la que se separó en 1742 y que murió en la capital de Francia en 1779, tras una prolífica labor en la que destacó, sobre todo, su tarea como compilador, según ponen de manifiesto títulos como *Ecole de littérature tirée de nos meilleurs écrivains* (1763); *Le porte-feuille d'un homme de goût o l'Esprit de nos meilleurs poètes* (1765); *Histoire littéraire des femmes françaises* (1769), etc.

Con referencia a la obra que aquí nos ocupa, Foulché-Delbosc señala que el abate Josef Delaporte sólo escribió los 26 primeros tomos, mientras que el 27 y 28 fueron obra del abate de Fontenay y los restantes de Domairon (Foulché-Delbosc, 1991: 107-108). Existe una traducción al castellano con el título de *El viajero universal o noticia del mundo antiguo y nuevo*, impresa en Madrid entre 1796-1801. Su traductor

fue el presbítero D. Pedro Estala, quien, según señalaron primero Brunet y, tras él, Palau, si bien fue fiel al texto de Delaporte en los primeros tomos, a partir del VII y por considerarlo un guía poco fiable, prefirió abandonarlo y continuar la obra en base a relaciones de viajeros modernos y más dignos de crédito y hacer, de esta forma, una colección nueva (Brunet, 1843, III y Palau, 1954: VII, 375) (Fig. n.º 24). En efecto, la versión española consta de 39 tomos (más otros cuatro de *Suplemento*) y entre ellos no se incluyen los correspondientes a *Portugal* (XV) ni a *España* (XVI), lo que significa que el texto de Delaporte que aquí presentamos posiblemente sea la primera vez que se traduce al castellano. Es más y al respecto de las posibles razones que llevaron a P. Estala a prescindir en concreto del tomo dedicado a España, el propio Palau nos indica que en el *Memorial literario* (Madrid, 1788) apareció una refutación del mismo calificándolo de «obra mentirosa». Sobre este extremo han venido a insistir con posterioridad, tanto J. J. A. Bertrand, al afirmar que este tomo sólo contribuye a «expandir prejuicios y aumentar malentendidos» sobre España, como el eminente hispanista especializado en nuestro siglo XVIII, J. Sarrailh, cuestionando incluso que el abate Delaporte llegase a visitar España y localizando las fuentes que plagió para construir su relato (Cfdo. Bertrand, 1931; Sarrailh, 1, 1934: XXXVI, 29-70).

En cualquier caso y por lo que atañe al texto que aquí nos ocupa, ya hemos señalado que se incluye en el tomo XV dedicado a *Portugal* y forma parte de la *Carta CLXXXVIII* fechada en Lisboa el 4 de abril de 1754. En opinión de A. Lafront, la «fiesta de toros» que en él se describe «no ofrece el menor interés para la historia de la tauromaquia y su

evolución en el siglo XVIII» y de ahí que optase por no reproducirla en su antología (1988: 165). Es más, sostiene que está inspirada en los capítulos XV y XVII del *Voyage d'Espagne* de Antoine Brunel, publicado en 1666, aunque puesto a buscarle fuentes de inspiración, lo mismo podía haber citado y con idéntico fundamento, el texto que incluye en su antología de las *Memoires curieux* de Jacques Carel de Sainte Garde o, también, el de Bernardin Martin.

Pero, y con independencia del hecho cierto de que la corrida «a la portuguesa» que en él se describe no aporte nada nuevo ni sustancial a la historia de la tauromaquia, queremos aclarar que el motivo que nos ha llevado a traducirlo y publicarlo en las páginas de esta **Revista de Estudios Taurinos** trasciende la descripción propiamente dicha del festejo para centrarse en los comentarios y juicios que sobre tales fiestas emite nuestro abate. En efecto, Delaporte incluye unas reflexiones acerca del sentido y significado de las fiestas de toros en general (según él, la «pasión» que es idéntica en portugueses y españoles) que juzgamos del mayor interés y no sólo por venir de quien vienen (un extranjero al que habría que considerar enemigo natural de la fiesta), sino también por las fechas en las que se producen. No estará de más recordar al respecto que, en 1754, Fernando VI había decretado una prohibición, siquiera fuera parcial, de las corridas de toros en España y que, justo en las fechas en que se publica el texto, la práctica totalidad de nuestros ilustrados mostraban su más absoluto e inmisericorde rechazo de esta fiesta, a la que atacaban por su crueldad y el despilfarro económico que suponían, además de, por la mala imagen que daban de España en el extranjero<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> A propósito del antitaurinismo de nuestros ilustrados, vid. Vargas Ponce, 1961; Cossío, 1985: II, 124-156; García-Baquero González, 5, 1991: 84-94 y 5, 1997, 13-52.

Pues bien y frente a este clima general de hostilidad reinante en España frente a su «fiesta nacional», este abate procedente de la Francia ilustrada, aún reconociendo que se trata de un espectáculo «cruel» y «contrario a las leyes de la naturaleza y humanidad», no sólo se muestra contrario a su prohibición sino que pondera su belleza formal (lo considera «uno de los espectáculos más hermosos del mundo, aunque sea simplemente para ser vistos») y ve en él una auténtica escuela de buenas virtudes, similar a la que en su día fueron los torneos pero con la ventaja de que en ellos no hay «tanta efusión de sangre humana». Concretamente y en su opinión, «incitan el alma de los espectadores a las grandes y bellas acciones», acostumbra a «despreciar el peligro (y) nos enseña la mejor manera de superarlo sin miedo», así como «a prestar un rápido socorro a los que allí están expuestos y a arriesgarse valerosamente» por ellos, exigiendo de los que en él intervienen «cualidades que les honran».

He aquí, pues, a nuestro modo de entender, donde reside el verdadero interés de este texto, al que no se le había prestado la atención que merecía y que, gracias al aliento recibido del director de esta **Revista**, P. Romero de Solís, ponemos hoy a disposición de todos los interesados en el tema<sup>3</sup>. Y sin más preámbulo, damos ya paso a la versión española de esta, al menos para la época, sorprendentemente comprensiva visión que el abate Delaporte tuvo de nuestras fiestas de toros.

---

<sup>3</sup> Nos comunica el prof. Romero de Solís que el texto francés le fue enviado para su posible publicación, por el prof. Loïa Menanteau, por lo que, desde aquí, tanto él como yo agradecemos su envío.

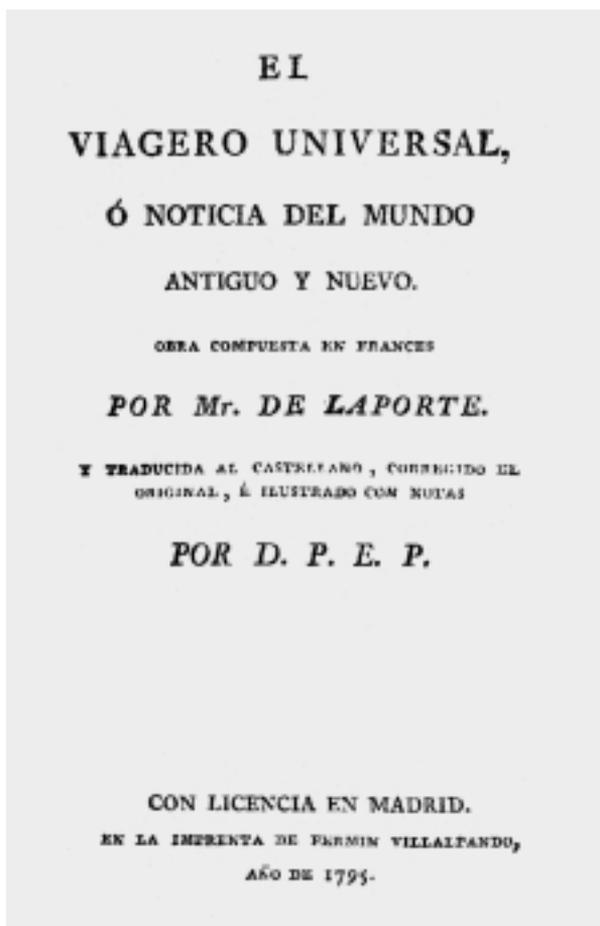


Fig. n.º 24.— Portada de la primera edición española del *Viaje Universal*, impresa en Madrid entre 1796-1801 por el taller de Fermín Villalpando. Su traductor fue el presbítero don Pedro Estala, quien, si bien fue fiel al texto de Delaporte en los primeros tomos, a partir del VII, y por considerarlo un guía poco fiable, prefirió abandonarlo y continuar la obra en base a relaciones de viajeros más dignos de crédito. La edición española que consta de 43 tomos no incluye los textos correspondientes a Portugal ni a España (Foto de P. Romero de Solís).

«EL VIAJERO FRANCÉS O CONOCIMIENTO DEL ANTIGUO Y DEL NUEVO MUNDO ((puesto al día por el abate Delaporte, Tomo XV, Paris, L. Cellot, 1772. Carta CLXXXVIII, págs. 308-321).

»Después de la fiesta del Auto de Fe, de la que habéis visto son los portugueses tan amantes, su principal diversión es la corrida de toros. Pocas ciudades hay en el reino que no tengan una plaza destinada a este espectáculo y hasta en los mismos pueblos, nadie, incluidos los campesinos, que no practiquen esta diversión. Cuando se celebran en las ciudades, acuden desde doce leguas a la redonda. No imaginéis que estos desagradables juegos son como los que se ven tan a menudo en París, en los que un toro es acosado y destrozado por una manada de perros; sino unos combates en los que un hombre solo, vestido y armado ligeramente, osa atacar a uno de esos furiosos animales dejándolo, por lo común, muerto en la plaza.

»Una vez que la Corte ha determinado el día de esta fiesta en Lisboa, se hace público de forma notoria; y desde este momento, un júbilo universal reina en toda la ciudad. Se oyen conciertos de música por doquier y este tiempo está de tal forma consagrado a la alegría, que las gentes se entregan a toda clase de bufonadas: llegan incluso a decirse injurias atroces que, en cualquier otra ocasión, hubiesen sido respondidas a puñaladas.

»La víspera de este día tan deseado, todo el mundo se pasea por la Plaza Real para contemplar los preparativos del combate. La fachada del palacio está rodeada de un anfiteatro y por encima de éste se construyen balcones que se corresponden con las ventanas, por las que se accede desde los aposen-

tos. El del Rey ocupa el centro bajo un soberbio dosel y las personas que su Majestad juzga oportuno admitir a su lado, se sitúan en esas ventanas. Las del anfiteatro se alquilan muy caras y el dinero que se recauda sirve para sufragar los gastos de la fiesta. Los galanes de Lisboa ponen todo su empeño para situar allí a sus amantes y ofrecerles refrigerios y el que no tiene en su casa ni pan ni dinero, empeña cuanto posee por no dejar de cumplir ese día ni con su diversión ni con su amor.

»Más allá de las primeras filas, se ve un gentío impresionante en las puertas de las casa, en las ventanas y sobre los estrados erigidos en las calles vecinas. Las diversas filas de balcones que, de todos lados, rodean la plaza, están colgados con magníficos tapices y ocupados por los más granado y distinguido de la sociedad portuguesa. A la derecha del Rey están los miembros de los diversos Consejos; se les reconoce por sus armas bordadas sobre telas de oro y seda. Del otro lado, se divisa la Corporación de la Ciudad y los Magistrados, cada uno según su rango y dignidad. Los Embajadores están frente a Su Majestad. El resto de los palcos es alquilado a diversos particulares a un precio excesivo. La visión de tanta gente reunida, sobre todo de las damas, adornadas con sus joyas, resulta en verdad llamativo. Como son muy dadas a las flores y aderezos dorados, que todas ellas se ponen en sus cabellos, sería difícil imaginar algo más galano ni más lujoso. Se muestran en público descubiertas, cargadas de lo más brillante que tienen, sin olvidar nada que pueda realzar el brillo de su belleza y apariencia.

»Desde el momento en que el Príncipe aparece en su balcón y comienza la fiesta, los alabarderos avanzan al centro de la plaza para apartar al gentío y colocarlo en los estra-

dos. Después se van ordenando en línea bajo el palco del Monarca; entonces es cuando se ven aparecer dos compañías de jóvenes uniformados con tafetán rojo, portando vasijas de agua, con las que riegan el ruedo. Después de ellos, llega el Cuerpo de Justicia, acompañado de sus alguaciles, para impedir que se cometa desorden alguno. Éstos se colocan fuertemente agarrados los unos a los otros, porque al no tener a su lado ni estrados ni barreras, si un toro les embiste no les está permitido retroceder; todos sus recursos están en la punta de sus alabardas, que presentan al enfurecido animal y si llegan a matarlo, se les concede el beneficio.

»Los toreros, es decir, los caballeros que deben entrar en liza con los toros, son los últimos en llegar al son de una música militar, seguidos de gentes de librea, que llevan las lanzas de sus amos. Éstos no abandonan nunca a sus caballeros, permanecen a su lado y deben socorrerlo en los casos en que el caballo sea derribado o herido por el toro. Los combatientes nobles van magníficamente vestidos y cubiertos con un sombrero adornado de altas plumas, muy deslumbrantes. Su arma es una lanza rematada con un hierro muy puntiagudo, con la que tiene el honor de matar al animal, ya sea clavándosela en el cuello, ya atravesándole el corazón. Se pone mucho cuidado, para este tipo de fiestas, en traer los toros más salvajes. Han sido criados en bosques, donde rara vez el ser humano ha podido alertar sus miradas; y con el objeto de impedirles el acostumbrarse a la visión de los hombres, se toma la precaución de hacerlos viajar sólo de noche. Una vez que llegan, se les encierra en una especie de establo hasta el momento de la corrida e incluso en ese mismo instante se cuidan de agujijonearlos para enfurecerlos aún más.

»Entonces se empieza por saludar al Rey y a toda la Asamblea; se pide permiso para combatir y, tras la señal que da el Monarca, cada caballero va galantemente a rendir homenaje a sus damas. Es indispensable ser gentilhombre para tener derecho a combatir a caballo y al menos es raro que otros obtengan este honor.

»Algunas veces la fiesta comienza por una mascarada compuesta por figuras gigantescas, que bailan indecentemente en medio de la plaza. A continuación, son sustituidos por «reyes negros» cuyo séquito, compuesto por numerosos hombres y mujeres, bailan otras danzas igualmente lascivas y burlescas. Aparecen después figuras infantiles que, conforme se las va dejando caer, vuelven a levantarse por sí mismas. Se suelta contra ellas un toro furioso, cuya cólera se dobla viéndolas levantarse así, cuando cree haberlas abatido<sup>4</sup>.

»A esta escena, le sucede la de las formas piramidales ordenadas a modo de «parterre», contra las que el animal desata la misma furia. Están llenas de pájaros, de liebres, de gatos y de conejos, que no saben donde refugiarse. El toro muge de rabia al no encontrar más que objetos que, aunque poco dignos de su ira, se le escapan cuando quiere perseguirlos. Corre, salta y exhala una espesa niebla por sus narices. Los lacayos, excitándolo con sus gritos y silbidos, les lanzan dardos provistos de cintas de papel, parecidos a los tirsos de las bacantes que acaban por enfurecerlo. Muchos de esos dardos están llenos de pólvora y explotan como cohetes, en cuanto que se prenden al cuerpo del animal. Nada le hace sufrir ni lo irrita más. Los caballeros aprovechan ese momen-

---

<sup>4</sup> N. del traductor: Se trata, seguramente, de «dominguillos».

to para correr hacia él; pero no acuden todos a la vez; el primero que se aproxima es quien comienza el ataque. Los demás se retiran sin salir del ruedo y esperan que la bestia venga a ellos para combatirla.

»No deben servirse de otras armas más que de la lanza y no pueden tomar espada o sable más que cuando han sido heridos o derribados del caballo, perdido su capa o su sombrero: entonces están comprometidos por su honor a vengar esta afrenta y autorizados a empuñar la espada.

»Todo arte de este duelo consiste en colocar la lanza tan diestramente sobre el toro, de modo que el hierro quede clavado en su carne y el palo permanezca en la mano del caballero. Éste pica espuelas a continuación para dar paso a otro, puesto que el animal no se revuelve jamás contra él. Si se sirve de la espada para combatirlo, se la clava entre los cuernos: este golpe que lo abate y derriba, es seguido de las aclamaciones del público y el vencedor logra el premio. Pero todo esto no ocurre nunca sin que haya algún hombre muerto o herido o, como mal menor, se produzca la pérdida del caballo.

»En el momento en que se ha dado muerte al toro lo retiran; es transportado por mulas fuera de la plaza y se hace entrega de su despojo al populacho. El torilero da suelta a otro toro desde una estancia próxima, escondiéndose rápidamente. El animal avanza hacia el ruedo echando espumarajos de rabia. El caballero lo espera, no exactamente de frente sino ligeramente escorado respecto a la línea que el toro ha empezado a describir y de la que no se aparta nunca. Aprovecha el momento y le asesta un lanzazo que, de ordinario, suele ser mortal. Algunas veces incluso se permite jugar con este furioso animal y diferir el instante de su muerte. Otras veces tam-

bién se puede equivocar en su combinación, no apartándose lo suficiente de la línea, resultándole este error siempre funesto. En esas ocasiones se ha visto al toro derribar al mismo tiempo al caballo y al caballero, herir y algunas veces matar al uno y al otro.

»Suelto un tercer toro pronto encontrará un nuevo adversario en la multitud de los combatientes. Estos no hacen al principio más que burlarle, presentándole el pico de su capa, que oponen a sus embestidas. Saben, con destreza y casi sin salir de su sitio, esquivar las acometidas del fiero enemigo. El toro embiste con impetuosidad sobre esta banderola flotante; el caballero da medio paso al lado apartando el cuerpo y ambos vuelven a empezar siete u ocho veces el mismo juego. Entonces, tras la señal que dan los clarines, el caballero deja la lanza para coger la espada y atacando a la bestia de frente, la mata. Las trompetas suenan por tercera vez. Cuatro mulas enjaezadas entran y retiran al toro de la liza. Se matan así, en el mismo día, hasta 30 de estos animales y muchos no combaten más que algunos minutos.

»Algunas veces el toro se abalanza sobre el anfiteatro. Pero los que ocupan las primeras filas, con sus espadas empuñadas y desenfundadas, le obligan a dar media vuelta; y muy a menudo le dan muerte antes de volver al ruedo. Cuando un torero es peligrosamente perseguido, salta por encima de la barrera, apoyando el pie en una tabla que sobresale y le sirve a modo de trampolín. Se sueltan contra el enemigo robustos perros que lo agarran por el cuello y orejas: entonces es cuando diversos lacayos, saliendo del anfiteatro con sus espadas, tratan de atravesarle el corazón. No corren ningún riesgo, porque se protegen de las cornadas, presen-

tándoles sus capas, contra las que el toro dirige toda su furia. Por otra parte estos hombres son tan numerosos, que se socorren rápidamente, apartando al animal cuando lo ven encelado contra una misma persona. Hay que temer más por los caballeros porque sus caballos son muy impetuosos para dejarse gobernar. No les es fácil evitar el encuentro con el enemigo y estarían siempre en peligro de ser derribados de no contar con la ayuda de los mozos de a pie.

»Se combate también por medio de una lanza, maciza y pesada, cuyo extremo es firmemente fijado en tierra y la punta inclinada hacia la puerta por donde debe salir el toro. El combatiente está al lado o detrás de esta lanza y a menudo corre mucho riesgo, ya que si el animal evita ensartarse, hay que temer por la vida de los caballeros. Pero estos hombres son tan diestros, que raramente la bestia no prueba el acero, en el pescuezo o en los lomos.

»Los combatientes a pie sólo están armados con una varita de alrededor de media vara de largo, en cuya punta hay un garfio de hierro, que intentan clavar en alguna parte de la cabeza del toro. Éste se revuelve contra su adversario y el diestro aprovecha el momento para clavarle un estilete en el corazón. A menudo se ven a esos hombres esperar a pie firmes, en el centro de la plaza, al toro que viene hacia ellos como un rayo; y cuando baja la cabeza para atacarles, aprovechan este gesto y colocan su pie izquierdo entre sus cuernos, clavándole en el ojo o en el corazón la vara con la que están armados y saltando con destreza por encima del animal.

»El pueblo está siempre contento, sobre todo si los toros han sido bravos, es decir, si han saltado la barrera que bordea las gradas del teatro o incluso si han herido a algu-

nos de los que combaten contra ellos. Tan arraigada tradición, junto a esa exaltación que acompaña a los espectáculos públicos, ejercen sobre ciertos hombres, al menos durante ese momento, un mayor dominio que la voz misma de la humanidad.

»Estos combates, que proceden de nuestros antiguos torneos, son, sin lugar a dudas, uno de los espectáculos más hermosos del mundo, ya sea simplemente para ser vistos, ya por el interés mezcla de miedo y alegría que inspiran la intrepidez, el valor, la destreza y la agilidad de los actores. Los portugueses tienen tal pasión por esta fiesta cruel, que no hay una mujer que no venda su propio ajuar para tener con qué costearse un sitio en los balcones o sobre los estrados. No deja de sorprender ver a damas de alta alcurnia recrearse en estas sangrientas escenas, con tan hermosos ojos que parecen hechos para más dulces crueldades.

»No se puede negar que este combate sea una herencia de la barbarie de los sarracenos o de los moros, quizás incluso de los romanos, poco digno de la aprobación de un espectador en el silencio de su gabinete o de un alma tierna y propensa a la compasión. Los Papas no han logrado nunca prohibir esta bárbara diversión ni a los portugueses ni a los españoles: sólo han ideado el expediente de otorgar indulgencias, para ese día, a algunas Iglesias, en beneficio de los que se exponen al peligro en esta mortífera fiesta. «Después de todo» –me decía un inglés– no se debe examinar con demasiado rigor este tipo de espectáculos, por temor a que un exceso de filosofía nos convierta en pusilánimes. Existe un cierto grado de ferocidad consustancial con la naturaleza humana; y si es importante que esté contenida en sus justos

límites, de ninguna manera debe erradicarse por completo, para que no se pierda esta firmeza que forja el carácter del hombre valeroso. Los combates de toros se hallan precisamente en el grado que pido y no hay nada demasiado feroz en ellos como para que su práctica deba ser prohibida. Recuerdan las hazañas de la antigua caballería; incitan el alma de los espectadores a las grandes y bellas acciones; pueden producir todos los benéficos efectos de los combates en campos cerrados, pero sin el horror que les acompañaban y sin la efusión de sangre humana con que solía quedar regada la escena. Este espectáculo nos acostumbra a despreciar el peligro; nos enseña que la mejor manera de superarlo sin miedo es afrontarlo y verlo venir con firmeza. Se aprende también a prestar un rápido socorro a los que allí están expuestos y a arriesgarse valerosamente para ponerlos a salvo del peligro. En una palabra, aunque esta fiesta no sea totalmente conforme a las leyes de la naturaleza y la humanidad, se puede decir, sin embargo, que exige de los combatientes cualidades que les honran.

En Lisboa, el 4 de abril de 1754».

## BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Piñal, F. (1978): “Relatos de viajes de extranjeros por la España del siglo XVIII. Estudios realizados hasta el presente”, en *Boletín del Centro de estudios del siglo XVIII*, IV-V, págs. 203-208.

Bertrand, J. J. A (1931): *Sur les vieilles routes d’Espagne*, Paris, 1931.

Brunet (1843): *Manuel du libraire et de l’amateur des livres*, Tomo III, París.

Cossio, J. M.<sup>a</sup> (1985): *Los toros. Tratado técnico e histórico*, vol. II, Madrid, 1985.

Farinelli, A. (1921-Roma, 1942) : *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*, Madrid.

Foulché-Delbosc, R. (1991): *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, Reimp. facsimilar de la primera edición, Madrid.

García Mercadal, J. (1962): “El siglo XVIII”, en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. III, Madrid.

García-Baquero González, A. (1991): “La polémica antitaurina en la Ilustración: miedos y recelos del poder” en *Taurología*, n.º 5, págs. 84-94.

\_\_\_\_\_ (1997): “Fiesta ordenada, fiesta controlada. Las tauromaquias como intento de conciliación entre razón ilustrada y razón taurina” en *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 5, págs. 13-52.

Gómez de la Serna, G. (1974): *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid.

Guerrero, A. C. (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid.

Lafront, A. (1988): *La fête espagnole des taureaux vue par les voyageurs étrangers (du XVI<sup>e</sup> au XVIII<sup>e</sup> siècle)*. Nîmes. Originariamente, este libro se publicó en español con el título de *Los viajeros extranjeros y la fiesta de toros*. Madrid, 1957.

Martínez Shaw, C. (1982): “El llibre de viatges com a font històrica” en *L’Avenç*, 51, julio, págs. 46-48.

Palau y Dulcet, A. (1948-76): *Manual del librero hispanoamericano*, 27 vols., Barcelona.

Robertson, I (1976): *Los curiosos impertinentes. Viajeros británicos por España, 1760-1855*, Madrid.

Ruiz Morales, D. (1988): “Prologo” al libro de Lafront, A.: *La fête espagnole des taureaux vue par les voyageurs étrangers (du XVI<sup>e</sup> au XVIII<sup>e</sup> siècle)*. Nîmes, págs. 9-10.

Soriano Pérez-Villamil, M.<sup>a</sup> E. (1980): *España vista por historiógrafos y viajeros italianos (1750-1799)*, Madrid.

Sarrailh, J. (1934): “Voyageurs français au XVIII<sup>e</sup> siècle. De l’abbé Vayrac à l’abbe Delaporte”, en *Bulletin Hispanique*, XXXVI, n° 1, págs. 29-70.

Vargas Ponce, J. (1961): *Disertación sobre las corridas de toros*, Madrid.

